

Contactos ultramarinos e interinflujos andino-mesoamericanos*

Wigberto Jiménez Moreno**

Ricardo Delfín Quezada-Domínguez***

Al estudiar el poblamiento de América –haciendo a un lado teorías absurdas de que dio cuenta Robert Wauchope en “Lost Tribes and Sunken Continents” (1962)– se acepta, indiscutida, la ruta del estrecho de Behring y se cuestionan las hipótesis del doctor Paul Rivet sobre: 1) grupos llegados desde Australia hasta el sur de Chile y Patagonia a través de la Antártida, antes de 6 000 años previos a nuestra era, y sobre 2) el arribo de melanesios y polinesios a las costas norte– y sudamericanas del Pacífico.¹

No sólo se han postulado relaciones prehispanicas transpacíficas, sino también transatlánticas: hay quienes sostienen que hubo incursiones de fenicios o cartagineses o de otros grupos del Cercano Oriente, del Mediterráneo, o de África, que pisaron las costas del Golfo de México, las del mar Caribe o las del Atlántico del lado del Brasil. Entre los mexicanos defendió esta posición el obispo don Francisco Plancarte y Navarrete, en su erudita y voluminosa “Prehistoria de México” (1923), y entre los europeos un experto en el Cercano Oriente – Cyrus H. Gordon en su obra “Before Columbus” (1971)–. En su artículo “The Significance of an Apparent Relationship between the Ancient Near East and Mesoamerica”, dentro de *Man Across the Sea* (1971), John L. Sorenson ha publicado una impresionante lista de elementos culturales que la última comparte con aquél.

* Artículo publicado en Delfín Quezada Domínguez (coord.), *Cultura y navegación prehispanica*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán/Conacyt, 1999. El autor y compilador, Ricardo Delfín Quezada-Domínguez, autorizó su reproducción en *Diario de Campo*.

** El Colegio del Bajío de León, Guanajuato (1984).

*** Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán.

¹ Rivet, Paul, “Los orígenes del hombre americano”, México, 1961. (La edición original, en francés, se imprimió en Montreal en 1943.)

En su libro *Voyagers to the New World: Fact or Fantasy?* (1979), Nigel Davis ha impugnado muchos de los pretendidos viajes transoceánicos precolombinos. En cuanto a las hipótesis australiana y melano-polinésica del doctor Rivet, el doctor Pablo Martínez del Río, en “Los orígenes americanos” (1937; 1943; 1952) les ha puesto serios reparos sobre todo en el caso de la primera, pero acepta una limitada y tardía influencia polinésica. Estimo que ésta y la postulada como melanésica, merecen ser reexaminadas analíticamente, y que hay ciertos argumentos a su favor; y, por lo tanto, no debe dejarseles como totalmente descartadas.

En un mapa (figura 1) una flecha que se bifurca en dos, partiendo de las islas al este de Nueva Guinea, se aproxima a las costas de Colima-Michoacán por una parte y a las de Panamá por otra. Es en este país y en la vecina Colombia donde Rivet, Nordenskjöld y otros han señalado rasgos culturales afines.² Por otra parte, una corriente marítima “contra-ecuatorial” parece arrancar de Mindanao, las Molucas y la Nueva Guinea Occidental, corriendo entre Micronesia y Melanesia y pasando entre las islas Marshall y las Gilbert para dirigirse de allí hacia Nicaragua y la bahía de Fonseca. Finalmente, en “American Indians in the Pacific” (1952), Thor Heyerdahl –el de la expedición Kon-tiki– ha sostenido la hipótesis alternativa de influencias emanadas de las costas ecuatoriano-peruanas que llegarían a Polinesia, principalmente a la isla de Pascua.

Quizá podría conciliarse un origen polinesio desde Malasia y Filipinas, Indonesia y Melanesia, con el arribo posterior de una élite peruana preincaica, pues ciertamente hay analogías culturales entre Panamá, Colom-

² Nordenskjöld, Erland, “Origin of Indian Civilizations in South America”, Göteborg, 1931.

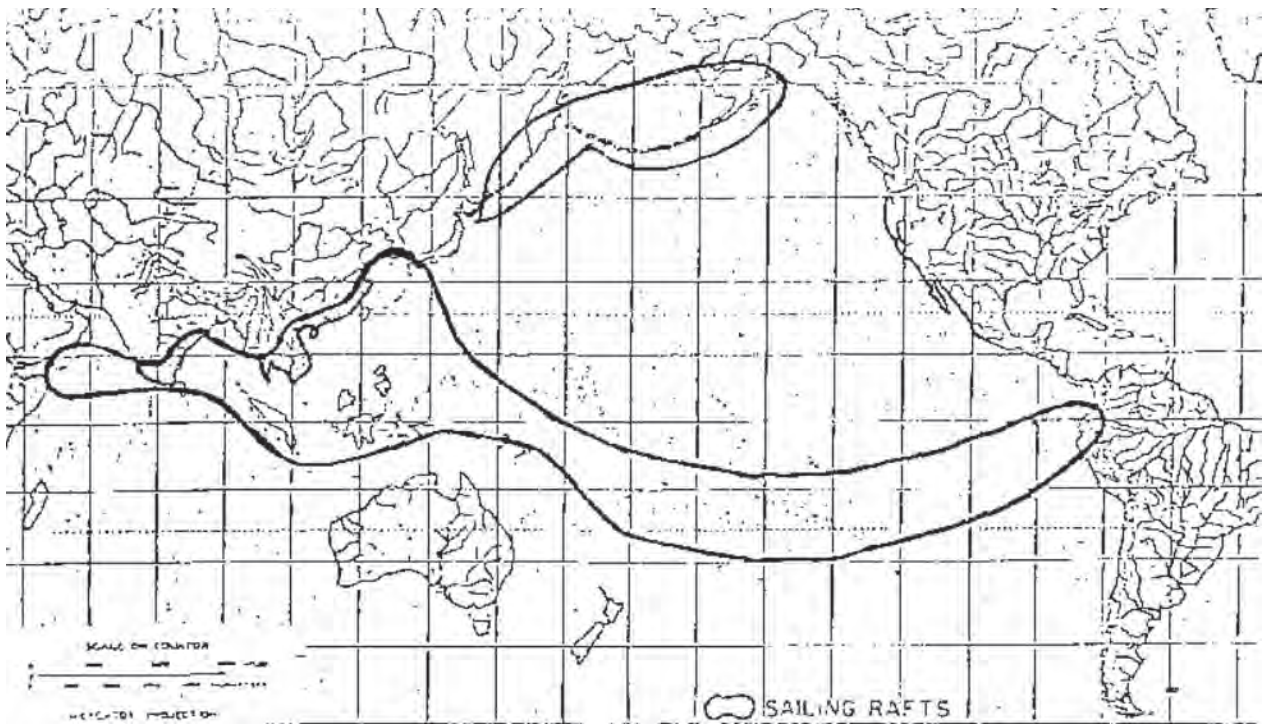


Figura 1 Influencias australiana, melanesia y polinesia, según P. Rivet. Ruta del Kuro Shino. Poblamiento a través del estrecho de Behring

bia, Ecuador y Perú por una parte, y la isla de Pascua por la otra. Mencionaremos ahora la propuesta incurción nipona, merced a la cual –según Betty Meggers– surgió en el litoral del Ecuador, hace 5 000 años, la cerámica “Valdivia”. El supuesto arribo desde el Japón, ya fuese de unos náufragos –como los que en el siglo pasado aportaron a la costa noroeste en Canadá, y aun a México–³ o de una expedición formal, enfrenta muchas objeciones que sintetiza bien Nigel Davies en su libro precitado y entre ellas la de que el tipo de cerámica nipona de Jomón comparable a la de Valdivia es medio milenio más tardía que ésta. Y, sin embargo, un arqueólogo tan cauto y tan autorizado como Gordon Willey hace ver que, sin esta hipótesis, no se ve otra más plausible.

Tal vez por vía terrestre, a lo largo de las costas colombianas del Pacífico y del Caribe llegarían influencias culturales desde Valdivia hasta Puerto Hormiga, situado algo más allá del Golfo de Urabá, por 3 000 a.C., y las mismas viajarían por mar, de ahí primero de este a oeste frente a las costas panameñas septentrionales y de sur a norte, a lo largo de las orientales de Costa Rica y Nicaragua y parte de Honduras, para continuar, quizá, a través del canal de Yucatán y luego a través del estrecho de Florida. Esas influencias llegarían así a las costas nororientales de esta entidad estadounidense donde, en un sitio del litoral atlántico lla-

mado “Orange”, apareció desde 2 000 a.C. una cerámica extraordinariamente semejante a la de Machalilla (de las costas ecuatorianas) que data de la misma fecha y que fue la sucesora de Valdivia. Esta última dejó parte de su herencia cultural en San Juan, de la costa norte del Perú, que data de 1830 a.C., y, como puede verse en un dibujo, es notable la semejanza entre la cerámica de ese lugar y la de Valdivia, a pesar del enorme espacio cronológico que las separa.

Otras culturas tempranas son las de Stallings Island en la desembocadura del río Savannah –entre Georgia y Carolina del Sur– que data de 2400 a.C., y a esa misma fecha se remonta en Puerto Marqués, junto a Acapulco, otra de la misma antigüedad. También empieza pronto la cultura Monagrillo, cerca del golfo de Parita, en la panameña península de Azuero. Por último, cuando se inicia en el sur de Veracruz y en Tabasco occidental la cultura llamada “olmeca” hacia 1200 a.C., principia también en el bajo Misisipi la de Poverty Point.

En su magistral estudio (1969) “A Comparison of the Formative Cultures in the Americas”, el doctor J. A. Ford presenta, en el capítulo final de su obra “A Historical Reconstruction”, donde distingue varias oleadas de grupos que por vía marítima se fueron estableciendo en las costas del Pacífico, entre Acapulco (Puerto Marqués) y la Bahía de Paita-Sechura (del norte del Perú). Del mismo modo, señala asentamientos costeros entre Puerto Hormiga, de las costas caribeñas de Colombia y

³ Doran, Edwin, “The Sailing Raft as a Great Tradition”, en *Man Across the Sea*, Austin, 1971. (Ver allí p. 133; cita Brooks y Nelson).



Figura 2 La provincia de Zacatula Mapa María de la Cruz Labarthe

Orange de las atlánticas de Florida, así como en la isla Stallings de la desembocadura del río Savannah. Su exposición es muy convincente, pero por ser tan detallada, no intentamos resumirla.

Michael Coe en su artículo "Archaeological Linkages with North and South America" (*American Anthropologist*, LII, núm. 3, 1960) aporta fechas de carbón 14 para Valdivia, más tardías que las de Dan Evans, Meggers y Estrada (1959), pues se sitúan entre 2493 +/-200 a.C. y 2093 +/-200 a.C., lo que implicaría contemporaneidad con la cultura Jomón. Hace resaltar allí las semejanzas entre la cerámica de Las Conchas I y II (800 a 200 a.C.) de la Victoria –junto al puerto Guatemalteco de Ocosingo y la de Chorrera, en la cuenca del Guayas Ecuatoriano (1800 a 500 a.C.), lo mismo que el principio de la que se llama "El Tejar" (500 a.C. a 500 d.C.). En sus láminas se ve, entre los tiestos respectivos, bastante similitud.

Por otra parte, es durante la primera mitad del primer milenio antes de Cristo (1000 a 500) cuando –contemporáneamente al florecimiento de Tlatilco en el valle de México– se notan entre esta cultura y la de Cha-

vín grandes analogías según Muriel Porter y Miguel Covarrubias.⁴ Coe señala conexiones entre Perú y la Victoria por la etapa citada y aun para el medio milenio anterior, de modo que el último lugar serviría como escala entre algún puerto mexicano y otro del Ecuador o del Perú, (sin olvidar Tumaco del sur de Colombia) y las influencias culturales andino-mesoamericanas –perceptibles en la cerámica– viajarían por mar en ambas direcciones. Finalmente, la Victoria exhibe relaciones, por este tiempo, con la cultura de Sarigua (posterior a la de Monagrillo en la panameña península de Azuero) y la de Momil (no lejos de donde antes floreció la de Puerto Hormiga) en la costa caribeña de Colombia.

¿Cómo se hacían estos viajes, al través del Pacífico? Varios autores como Edwin Doran en su artículo "The Sailing Raft as a Great Tradition" (en *Man Across the Sea*, Austin, 1971) han puesto de relieve cómo, lo mismo de un extremo a otro del océano Pacífico que a lo

⁴ Porter, Muriel, "Tlatilco and the Pre-Classic Cultures of the New World", *Viking Fund Publication in Anthropology*, núm. 19, Nueva York, 1953.

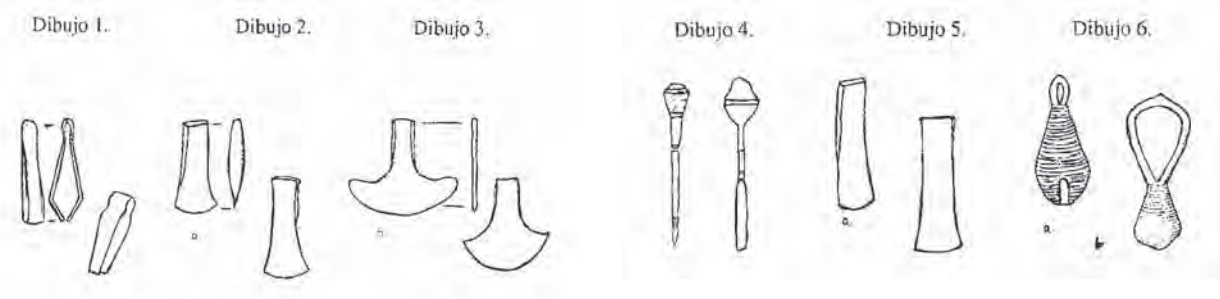


Figura 3 Piezas precerámicas de cobre **Dibujo 1** Michoacán y Ecuador **Dibujo 2** Nayarit, Jalisco, Michoacán y Oaxaca **Dibujo 3** Ecuador **Dibujo 4** Oaxaca, Colombia y Michoacán **Dibujo 5** Perú, Michoacán y Ecuador **Dibujo 6** Jalisco, Colombia y Perú

largo de la costa ecuatoriana y la septentrional del Perú, las balsas de vela eran el medio de transporte marítimo más empleado en largos viajes, el cual se siguió usando en la época colonial y aún lo había en el golfo de Guayaquil a principios del siglo XIX.

En su “Storia dil Mondo Nuovo” (1572) Benzoni nos dejó una imagen de las balsas aún empleadas por los indígenas de Puerto Viejo del Ecuador, y en 1615 Spilbergen vio en Paita (en el extremo norte del Perú) otras mayores con dos grandes velas, abastecimiento de agua en grandes jarros y piedras circulares –llamadas “potalas”– que servían de áncoras.⁵ Las balsas se emplearon a lo largo del Pacífico desde Somalia y Sud-Arabia hasta el extremo sur del Decán en la India y luego por Indonesia, Malasia, Indochina, Filipinas, Formosa y el sur de Japón, continuando por Micronesia, Melanesia y Polinesia hasta las costas sudcolombiana, ecuatoriana y norperuana.

Las balsas más análogas a las que navegaban por estas costas americanas –y que normalmente estaban dotadas de una vela triangular– eran las que ha habido en Polinesia y en las islas Fidji, de todo lo cual nos hablan Doran y Heyerdahl, lo mismo que Edwards.⁶ Después de la hazaña de Kon-tiki por el penúltimo –hace casi 50 años– quedó claro que las embarcaciones prehispanicas eran capaces de realizar largos viajes, y el mismo nauta escandinavo probó en “Archaeological Evidence of Pre-Spanish Visits to the Galápagos Islands” (1956) que a tales islas habían arribado indígenas desde la costa ecuatoriana. Pero también largas canoas –algunas llamadas “piraguas”– capaces, a veces, de contener 70 personas, eran utilizadas en Amé-

rica en navegación principalmente costera y es éste último, precisamente, un medio de transporte más rápido, al que se refiere una temprana cita (1525) que habla de cómo llegaban desde el sur hasta la desembocadura del río Balsas o Zacatula, en la época prehispánica, ciertas gentes, como se dice:

[...] Los dos navíos que se hacían en Zacatula y un bergantín están acabados, y pudieran luego ir a descubrir y seguir camino de la especería, que según los pilotos aquí dicen, por su punto y cartas no está de Zacatula de 600 a 700 leguas, y hay nuevas de indios que dicen que en el camino hay islas ricas de perlas y piedras, y siendo a la parte del sur, ha de haber, según razón, oro en abundancia; y preguntando a los indios de aquella costa de Zacatula, cómo saben que debe haber por ahí islas, dicen que muchas veces oyeron a sus padres y abuelos que de cierto en cierto tiempo solían venir a aquella costa indios de ciertas islas hacia el sur que señalan, y que venían en unas grandes piraguas y les traían allí cosas gentiles de rescate y llevaban ellos otras de la tierra, y que algunas veces, cuando la mar andaba brava, que suele haber grandes olas en aquella parte del sur más que en otra parte ninguna, se quedaban los que venían acá cinco a seis meses, hasta que venía el buen tiempo, e sosegaba la mar e se tornaban a ir; y así se tiene por cierto hay islas cerca, y que hay razón de ser ricas [...]⁷

En ningún otro caso, como en éste, contamos con tan precisa y trascendental información: quienes llegaban a Zacatula venían desde el sur (posiblemente de la costa sudcolombiana, ecuatoriana o norperuana) a través de unas islas (como la de Coiba, cercanas a Azuero) ricas en perlas y [preciosas] piedras. Aportaban allá de tiempo en tiempo, y traían “gentiles” artículos “de rescate” y se llevaban otros de la tierra y cuando el mar se embr-

⁵ Rivet, *op. cit.*, reproduce el dibujo de Spilbergen, publicado en 1619.

⁶ Edwards, Clinton B, “Aboriginal Watercraft on the Pacific Coast of South America”, *Iberoamericana*, núm. 47, University of California, Berkeley, 1965. *Idem*: “Possibilities of Pre-Columbian Maritime Contacts Among New World Civilizations”, en pp. 3’10 de Kelly, J. Charles y Riley, Carroll L., *Pre-Columbian Contact within Nuclear America*, Carbondale, 1969.

⁷ West, Robert C., “Aboriginal Sea Navigation Between Middle and South America”, *American Anthropologist*, vol. 63, pp. 135-137, Menasha, 1961.

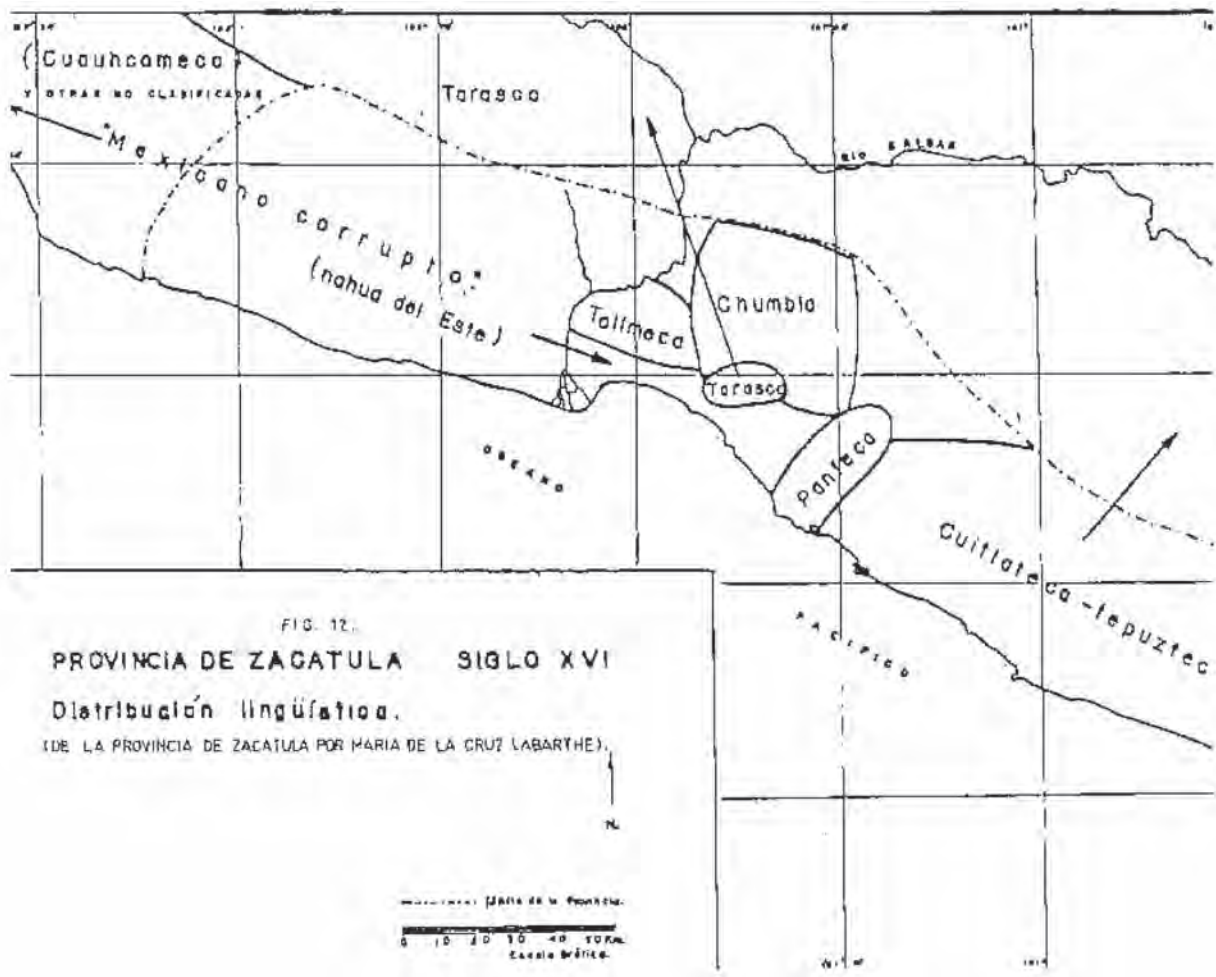


Figura 4 Provincia de Zacatula, siglo xvi. Distribución lingüística

vecía se quedaban cinco o seis meses hasta que se sosegaba, y “se tornaban a ir”. En una tesis inédita de María de la Cruz Labarthe sobre “La provincia de Zacatula” se han señalado los vínculos marítimos que unían a esta región con la costa sudcolombiana, ecuatoriana y norperuana, lo mismo que otros que la enlazaban con Nicaragua-Costa Rica y con Azuero en Panamá.

Por medio de aquellos lazos marítimos andino-mesoamericanos debió llegar a Zacatula, desde Perú – aunque no sin intermediarios– el conocimiento de la metalurgia del cobre (que puede acá ser tan antiguo como 750-800 de nuestra era). En la confluencia del río Tepalcatepec con el Balsas, se hallaba Sinagua, pueblo cabeza de una demarcación; y cerca de 1580 se escribió allí una Relación en que se nos dice que en él se explotaba el cobre y que lo mismo sucedía en Churumuco (que algunos corrigen “Xolomocco”). Este mineral era después trabajado en Inguarán.⁸

⁸ *Idem*, “Cultural Geography of the Modern Tarascan Area”, Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology, publ. 7. (Ver notas sobre “Metalurgia” allí, pp. 67-70.)

Zacatula, antigua ciudad tolteca,⁹ era la cabecera de una rica provincia en el siglo xvi que antes de la conquista se llamó de Cihuatlan (es decir, Zihuatanejo) y que abarcaba la Costa Grande del estado de Guerrero y algo de la costa oriental de Michoacán y cuyos tributos se anotan gráficamente en la lámina 38 del *Códice Mendocino*. Se ve en ella que daba, entre otras cosas, “400 fardos de algodón” y “80 cargas de cacao bermejo”. Se preguntan algunos investigadores qué podría interesar llevarse a las costas del área andina a quienes de allá viniesen a comerciar a México. Zacatula ofrecía piedras preciosas, cobre (y muy cerca también oro), algodón y, sobre todo, cacao que allí abundaba. Para mí, este último –que además servía como moneda– era aliante bastante. Por su parte Mountjoy piensa que quizá llevasen de acá peyote pero este producto no parece que lo hubiese cerca.¹⁰

⁹ Barlow, Robert, “Relación de Zacatula, 1580”, *Tlalocan*, núm. 2, 280-284. Labarthe, María de la Cruz, “La provincia de Zacatula”, tesis inédita.

¹⁰ Mountjoy, Joseph B., “On the Origin of West Mexican Metallurgy”, en pp. 26-42 de Kelly y Riley, citados en nota 6.

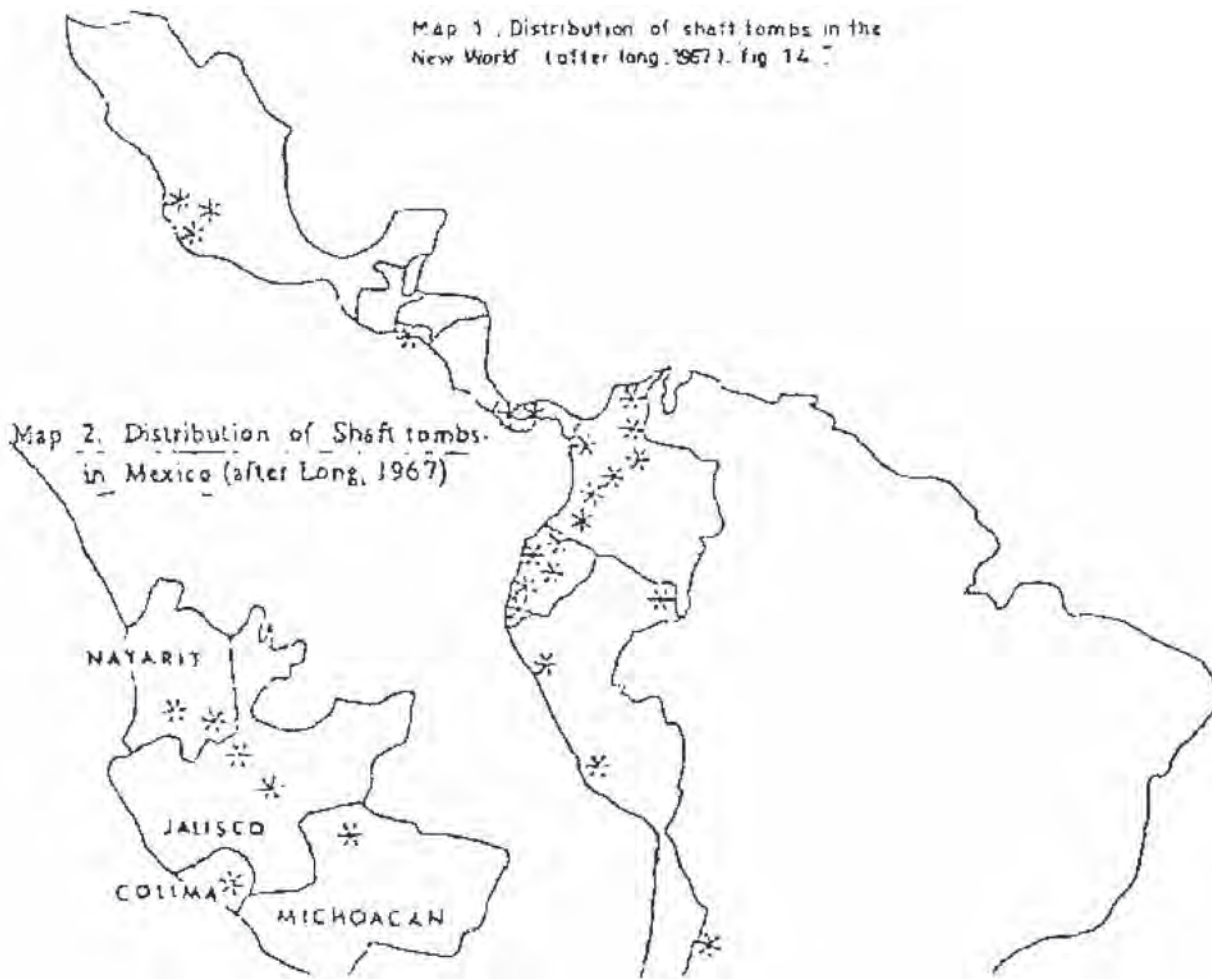


Figura 5 Tomado de "The Shaft Tomb Figures of West Mexico", de Hasso von Winning (1974)

El último citado es autor del excelente artículo "On the Origin of West Mexican Metallurgy" que, junto con otros de Meighan y Edwards apareció en 1969, dentro de *Precolombian Contact Within Nuclear America*, editado por J. Charles Kelley. De aquel trabajo extrajimos la figura 3 en que se comparan piezas de cobre de Nayarit, Jalisco, Michoacán, Guerrero y Oaxaca con otras de Colombia, Ecuador y Perú, resaltando su gran semejanza.

Conviene recordar que dentro de esta provincia – llamada unas veces "Cihuatlán" y en otras "Zacatula" – se hablaban distintos idiomas, como lo anotamos primeramente Miguel O. de Mendizábal y quien esto escribe, en el mapa "Distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México" (elaborado en 1935 y publicado dos años después).

Conforme a él, se tiene la figura 4, tomada de la tesis de Labarthe sobre Zacatula y en ella se anota que hasta la Costa Grande guerrerense llegaban –ocupando también el traspais al norte de la Sierra Madre del Sur– las lenguas tepuzteca y cuitlateca. Se trata, en

ambos casos, de gentilicios: tepoztécatl es el habitante del "Lugar del Cobre" (Tepoztlán) y (Teo)-cuitlatécatl el morador del "país del oro" Teocuitlatlán). No olvidemos que en territorio antes cuitlatco –que describió Pedro Hendrichs en "Por tierras ignotas" (1945-1946)– se hallan los "placers del oro" donde –según anotó Spinden en un artículo suyo de 1911 acerca de un antiguo sepulcro allí encontrado– apareció un objeto metálico que tiene gran semejanza iconográfica con otros de la cultura peruana de Chavín como también lo afirma Covarrubias.¹¹

La abundancia de cobre y de oro en el occidente de Guerrero atrajo en la época prehispánica hacia acá a los nonoalca de estirpe teotihuacana y habla nahua, que habían participado en el imperio tolteca: hacia 1350 entraron en el llamado "reino tarasco" y se asentaron en Xiuquillan (hoy Jicalán Viejo) como lo explicamos en ponencia de 1946, aparecida en 1948 en *El Oc-*

¹¹ Spinden, Herbert, "An Ancient Sepulcher at Placers del or, State of Guerrero, México", *American Anthropologist*, núm. 13, pp. 29-55, 1911. Covarrubias, *op. cit.*, en nota 4.

cidente de México.¹² Desde allá recorrieron, en busca de minerales, las Tierras Bajas de Michoacán y Guerrero y llegaron hasta Quechultenango y Xucutla en las cercanías de Chilapa. Más tarde, los tarascos –acaso por igual camino– penetraron a Guerrero occidental y dejaron una toponimia suya que alcanza hasta el río de las Truchas, que afluye al Balsas en Tetela del Río. Tarascos y mexicas se enfrentaron en Oztuma por la posesión de aquellas tierras cupríferas y auríferas aludidas –las de los tepuztecos y cuitlatecos– como lo han explicado Roberto Barlow y Jaime Litvak.¹³

Del mismo modo –como lo anota Donald Brand–¹⁴ parte de la Costa Grande de Guerrero y la oriental de Michoacán estuvo en manos de los tarascos unas veces y otras en las de los mexicas, lo cual hace ver cuán codiciada era, en vísperas de la Conquista, la provincia de Cihuatlan(ejo) o de Zacatula. Antes de eso, los toltecas ocuparon el último lugar, dejando huellas arqueológicas que examinó Barlow, y todavía más atrás, penetraron influencias teotihuacanas a lo largo de la Costa Grande, tal vez desde Acapulco, hacia aquella ciudad que en otro tiempo debió estar bastante poblada, como lo indica su nombre, que es el de una metrópoli.¹⁵ Pasando ahora al cogollo o riñón del occidente de México, el mapa de la figura 5 –tomado de “The Shaft Tomb Figures of West Mexico” de Hasso von Winning (1974)– muestra una zona sombreada que va, como un arco, desde Colima a Nayarit a través de Jalisco, siguiendo el curso del río de Armería aguas arriba hasta cerca de Tecolotlán, para continuar luego desde Cocula y América, por el río de este nombre, hasta Amatlán de Cañas, desde donde se ingresa a Tequilía y a Compostela y Tepic, mientras sigue ese río su curso hacia su desembocadura en Bahía de Banderas, donde está Puerto Vallarta. Esa zona sombreada señala la extensión de las tumbas de tiro y bóveda entre Colima y Tepic y se muestra la distribución de esas tumbas en México y en todo el nuevo continente.

¹² Jiménez Moreno, Wigberto, “Historia antigua de la zona tarasca”, en *El Occidente de México*, 1948, pp. 146-57 y mapa explicativo del *Lienzo de Jucutacato*.

¹³ Barlow, Robert, “Apuntes para la historia antigua de Guerrero”, en *El Occidente de México*, México, 1948, pp. 181. Litvak King, Jaime, “Cihuatlán y Tepecuacuilco”, tesis mecanoescrita de la ENAH, 1963, impresa por la UNAM después (1971).

¹⁴ Brand, Donald, “And Historical of Anthropology Sketch and Geography in the Tarascan Region”, parte I, *New Mexico Anthropologist*, vols. 6-7, núm. 2, 1943, pp. 37-108.

¹⁵ Barlow, *op. cit.* en nota 9. Jiménez Moreno, Wigberto, “Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica”, en *Esplendor del México antiguo*, t. II, pp. 1019-1108. (Ver allí p. 1060.) (Mapa frontera) en Litvak, *op. cit.*, en nota 13, pp. 42-60 de la edición de 1971.

En la figura 6 se comparan las mexicanas con las colombianas, éstas particularmente abundantes en el valle del Cuaca.¹⁶ Seguramente no se trata de simple paralelismo, sino que existió una relación, por vía marítima, entre Mesoamérica y el área andina. Si de allá vinieron acá influencias culturales –como ocurrió con la metalurgia– habría que averiguar por dónde penetraron hacia Colima: tal vez por el río de Armería o el de Coahuayana. También pudo ser por el de Ameca, aguas arriba, pues en la “Crónica miscelánea... de Xalisco” del padre Antonio Tello (concluida en 1653 e impresa en 1891) se menciona la llegada de algunas gentes por vía marítima a la Bahía de Banderas, antes que pisaran esas tierras Francisco Cortés de San Buenaventura, el primer español que las visitó. Finalmente, la desembocadura del río Santiago y al sur de éste el puerto de Matanchén (precursor del de San Blas) pudieron ser anclaje de navegantes andinos o transpacíficos, y se usaban balsas en aquel río (las hubo –según Doran, ya citado– también en el extremo sur de Baja California y por Santa Bárbara, junto a los Ángeles).

Tras de aludir a las costas desde Colima al norte recordaremos que tanto el puerto de Navidad, junto a Cihuatlan –en el límite entre el estado de aquel nombre y el de Jalisco como Zihuatanejo–, fueron los puertos más tempranamente usados por los españoles para viajes transpacíficos, y al hacerlo así debió ser porque quizá en la época prehispánica hubiesen tenido ya cierta importancia. Más al sur, Acapulco debió tenerla desde muy atrás y fue en el inmediato Puerto Marqués donde se halló la más antigua cerámica que hubo en México –datada en 2 400 a.C.– la cual debió ser introducida por vía marítima, como en los demás casos estudiados por J. A. Ford en su obre precipitada. También a través del mar debió llegar a Ocosingo y la Victoria la temprana cerámica que data de hacia 1700 a.C. y que muestra claras relaciones con la de la cuenca del Guayas en el Ecuador, según lo afirma Michael Coe en artículo ya mencionado.

Finalmente, entre Ocosingo y Acapulco está Salina Cruz (el antiguo puerto de Tehuantepec donde Cortés tuvo un astillero y desde donde inició la exploración del golfo de California). Próximos a tal puerto se hallan los huaves, quienes afirman haber llegado desde el sur en embarcaciones y Roberto J. Weitlaner vislumbró un posible parentesco entre su lengua y la yunga, de la cos-

¹⁶ Long, S.V., “Formas y distribución de tumbas de pozo y cámara lateral”, *Razón y Fábula*, Univ. de los Andes, Bogotá, 1967, núm. 1, pp. 1-15.

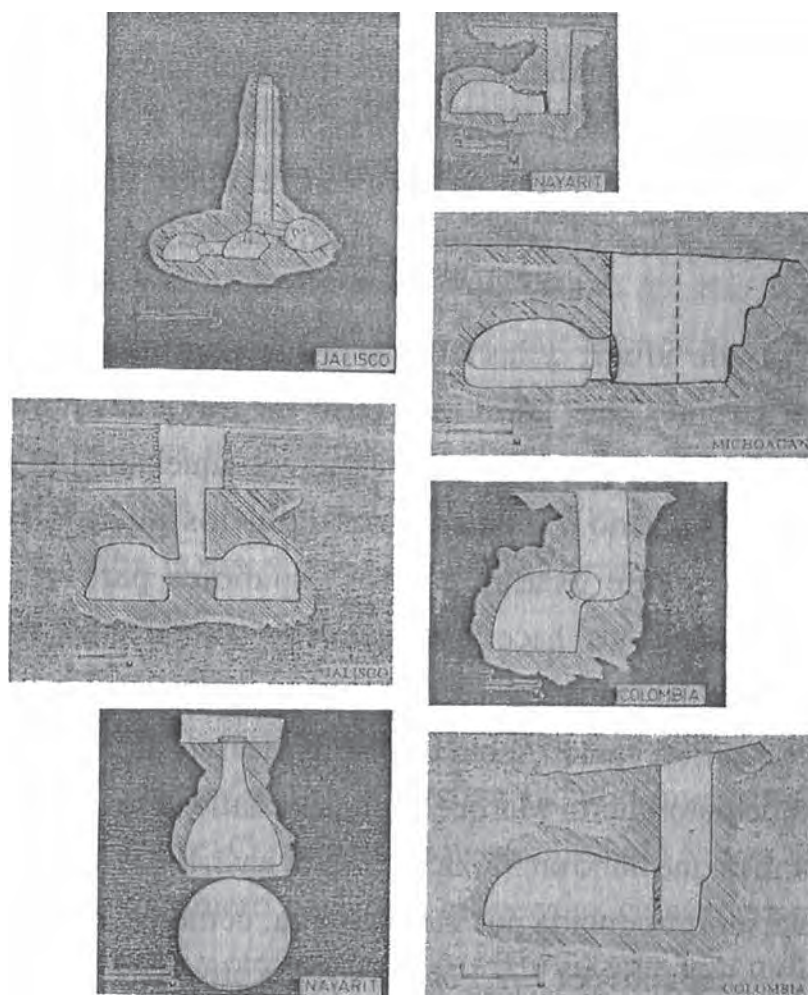


Figura 6 Comparación de las tumbas de tiro mexicanas con las colombianas

ta norperuana, donde florecieron el imperio y la cultura de los chimú.¹⁷ Por último, entre Salina Cruz y Acapulco está la bahía de Chacahua y junto a ella la desembocadura del río Verde, uno de cuyos afluentes es el Atoyac, que nace en el valle de Oaxaca, y, como se han señalado, ciertos motivos decorativos en la cerámica policroma mixteca que tiene similitud con otros de origen andino, podría conjeturarse que, siguiendo, aguas arriba, la ruta de ese río, pudieron penetrar influencias ultramarinas.¹⁸

De propósito no hemos aludido a las tesis difusionistas de Robert Heine-Geldern y Gordon Ekholm que causaron gran revuelo en el Congreso de Americanistas de Nueva York en 1949. El primero postulaba influencias chinas, algunas muy tempranas y otras de la

¹⁷ Brush, C. y E. Brush, "Field Notes on Archaeological Investigation on the Costa Grande and Costa Chica of Guerrero" (sin fecha). Kutscher, G., *Introducción a Präkolumbische Kunts aus Mexico und Mittel-America*, Munche, 1958 (el mismo autor tiene el libro sobre la cultura chimú).

¹⁸ Seler, Eduard, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprachund Alterthumshunde*, 5 vols., Berlín, 1902-23 (reimpresión en Graz, Austria, 1960-1961). (Ver t. III, pp. 530-32.)

época Han: éstas en la cerámica y motivos decorativos de Teotihuacán y el Tajín. El segundo veía influjos hinduistas y budistas en el arte maya. Estas hipótesis fueron duramente refutadas por el doctor Alfonso Caso en otro congreso similar, celebrado en México en 1962, en el que el doctor Paul Kirchhoff presentó su ponencia "The Diffusion of a Great Religious System from India to Mexico (en *Actas*, México, 1964, núm. 1, pp. 73-100). Nos eximen de tratar estos dos artículos aparecidos en las pp. 277-295 y 296-315 del t. IV del *Handbook of Middle American Indians*. No tocaremos las tradiciones relativas a inmigrantes, llegados al Golfo de México por mar, como el viejo relato de Sahagún acerca de quienes aportaron a Pánuco, o como la llegada a Chalchiuhcuyecan (Veracruz) de unos nonoalca de que habla el *Lienzo de Jucutacato* y del artículo citado en la nota 12. Éstos son, por el momento, algunos pocos datos que aportamos, con premura, a la dilucidación de un enigma fascinante que merecería un estudio detallado y muchas investigaciones internacionales, planeadas como parte de un simposio.